

El negocio de la guerra.

La industria que nunca pierde.

1. La guerra como sistema.

Hay negocios que quiebran, sectores que se desploman y empresas que desaparecen. Pero hay uno que nunca pierde. No importa cuántas crisis económicas estallen, cuántas pandemias asolen el mundo o cuántas recesiones destruyan empleos. La guerra siempre encuentra compradores, la guerra siempre genera beneficios. La guerra, como la muerte, es el único negocio que nunca quiebra.

No hablamos de conflictos aislados, de guerras puntuales que estallan y se apagan. Hablamos de un sistema permanente, de una economía política de la guerra que forma parte constitutiva del capitalismo desde sus orígenes y que se ha perfeccionado hasta convertirse en una de sus industrias más rentables y en uno de sus mecanismos de control más eficaces.

El complejo militar-industrial, esa alianza entre el ejército, la industria armamentística y el poder político que Eisenhower denunció en 1961, no solo sigue existiendo, sino que se ha expandido hasta convertirse en un actor central de la economía global. El gasto militar mundial alcanzó los 2,7 billones de dólares en 2024, la cifra más alta jamás registrada. Las cinco mayores empresas armamentísticas del mundo ingresaron 302.000 millones de dólares en 2023. Y el negocio no deja de crecer. Cada nuevo conflicto, tensión geopolítica o amenaza es una oportunidad de mercado.

Este ensayo no es una crónica de guerras concretas. Es un análisis de la guerra como industria, como sistema económico y como mecanismo de poder. De cómo se fabrican las armas, se venden los conflictos y se construye el consentimiento. De cómo la guerra contamina, mata y enriquece. Y de cómo, frente a este sistema, la paz sigue siendo una utopía que nadie quiere financiar.

2. El negocio de las armas. Un mercado en expansión.

Si la guerra es un negocio, las armas son su producto estrella. Y como todo producto, tiene sus fabricantes, sus distribuidores, sus clientes y sus márgenes de beneficio.

Los fabricantes. El mercado armamentístico mundial está dominado por un puñado de empresas. Lockheed Martin, RTX (antes Raytheon), Northrop Grumman, Boeing y General Dynamics concentran una parte sustancial de la producción global de armamento. Son las cinco mayores empresas armamentísticas del mundo y todas ellas tienen su sede en Estados Unidos. En 2023, ingresaron conjuntamente 302.000 millones de dólares, un 9% más que el año anterior. Sus carteras de pedidos alcanzan cifras que superan el PIB de muchos países. Lockheed Martin acumula pedidos por valor de 165.000 millones de dólares, RTX de 196.000 millones y Boeing de 510.000 millones.

Los beneficios de la guerra. Las acciones de las empresas armamentísticas se disparan cada vez que estalla un conflicto. Tras los ataques del 7 de octubre de 2023 y el inicio de la ofensiva israelí sobre Gaza, las acciones de RTX subieron un 8,7%, las de Lockheed Martin un 8,5% y las de Northrop Grumman un 11,4%. No es una coincidencia, es la lógica del mercado. La guerra genera demanda, la demanda genera beneficios y los beneficios generan más inversión en armamento. Es un círculo virtuoso para la industria y vicioso para el resto del mundo.

Los compradores. Los principales clientes de la industria armamentística son los Estados. Como se ha señalado, en 2024, el gasto militar mundial alcanzó los 2,7 billones de dólares, un 9,4% más que en 2023. Estados Unidos lideró el ranking con 997.000 millones de dólares, seguido de China (314.000 millones), Rusia (149.000 millones), Alemania (88.500 millones) e India (86.100 millones). España, con 24.500 millones, ocupó el puesto 17. El gasto militar global representa el 2,5% del PIB mundial y sigue creciendo.

La paradoja del gasto. Mientras el gasto militar se dispara, el gasto en cooperación al desarrollo se estanca. Los países más ricos destinan 30

veces más a sus fuerzas armadas que a la financiación climática para los países vulnerables. Siete de los principales emisores históricos de gases de efecto invernadero están entre los diez países con mayor gasto militar del mundo. El mismo sistema que genera la crisis climática es el que se beneficia de la industria armamentística.

3. El petrodólar y la geopolítica del petróleo.

No se puede entender la guerra como negocio sin entender su relación con el petróleo.

El acuerdo del petrodólar. En 1974, Estados Unidos y Arabia Saudita firmaron un acuerdo histórico: el reino saudita se comprometía a vender su petróleo exclusivamente en dólares y a reinvertir los excedentes en bonos del Tesoro estadounidense. A cambio, Washington ofrecía protección militar y armamento. Ese acuerdo, conocido como el petrodólar, transformó el dólar en la moneda de referencia del comercio mundial del petróleo. Cualquier país que quisiera comprar crudo necesitaba conseguir dólares. La demanda de dólares se mantuvo alta y el valor de la moneda se sostuvo sin necesidad de respaldo en oro.

El fin del acuerdo. En 2025, Arabia Saudita decidió no renovar el acuerdo, poniendo fin a medio siglo de dominación del petrodólar. El reino pasó a realizar ventas en múltiples divisas, un movimiento que algunos analistas interpretaron como un paso más en la desdolarización global. El fin del petrodólar debilitó el vínculo histórico entre el petróleo y el dólar, y abrió una nueva era de incertidumbre monetaria.

Las guerras del petróleo. La historia de las guerras en Oriente Medio está íntimamente ligada a la historia del petróleo. La guerra del Golfo (1990-1991) fue una respuesta a la invasión de Kuwait por Saddam Hussein, pero también una defensa de los intereses petroleros occidentales. La invasión de Irak (2003) fue justificada con la excusa de las armas de destrucción masiva, pero muchos analistas la interpretaron como un intento de controlar las reservas iraquíes y de garantizar la posición del dólar como moneda de referencia. El petróleo no es la única causa de estas guerras, pero es una de las más importantes.

4. Las invasiones como mecanismo de control.

Cuando el soborno, el chantaje y el espionaje no funcionan, siempre queda la invasión. No es un acto de guerra, es la constatación de que, para el poder imperial, la política es solo el arte de la paciencia antes de la violencia.

El caso de Irak. Saddam Hussein había sido agente de la CIA, un dictador útil para Estados Unidos que, durante años, sirvió a sus intereses. Pero cuando empezó a dudar del dólar como moneda de transacción del petróleo que producía y a buscar alternativas para su comercio, se convirtió en un riesgo. Los intentos de asesinato fallaron porque él conocía los métodos de la CIA, pero no pudo evitar la invasión de su país. La invasión no fue un castigo por sus crímenes, sino el mecanismo de control último.

El patrón. Estados Unidos ha practicado la invasión como herramienta de control geopolítico de forma recurrente: Panamá (1989), Granada (1983), Vietnam (1955-1975), Afganistán (2001), Irak (2003). En todos estos casos, el patrón fue similar: un líder que deja de ser útil, una amenaza que se percibe como excesiva, una invasión que se presenta como una intervención humanitaria o una guerra preventiva. La retórica cambia, pero la lógica es la misma: cuando el poder no puede controlar a un líder, controla su país.

La doctrina de la guerra preventiva. La administración Bush articuló esta lógica en la doctrina de la "guerra preventiva": la idea de que Estados Unidos tiene derecho a invadir preventivamente cualquier país que represente una amenaza potencial, aunque la amenaza no sea inminente. Esta doctrina, que viola el derecho internacional, ha sido utilizada para justificar invasiones y ha sentado un precedente peligroso. Cualquier país puede ser invadido si se le considera una amenaza.

5. La guerra como espectáculo.

La guerra no solo se libra en los campos de batalla, también se libra en las pantallas. Y en esa guerra, la primera víctima es la verdad.

Valoremos algunas de los mecanismos con los que se manipula la realidad y la opinión pública:

La fabricación del consentimiento. Para que una guerra sea aceptada por la población, hay que fabricar el consentimiento. Los medios de comunicación, en su mayoría propiedad de grandes conglomerados con intereses económicos y políticos, desempeñan un papel crucial en esta tarea. Presentan la guerra como una necesidad, como una respuesta a una agresión, como una defensa de la libertad y la democracia. Ocultan las causas económicas, minimizan el coste humano y demonizan al enemigo.

La propaganda. La propaganda no es una invención moderna. Ya en la Primera Guerra Mundial, los gobiernos utilizaron todos los medios a su alcance para convencer a la población de que la guerra era justa y necesaria. La diferencia es que hoy los medios son más sofisticados, más rápidos y penetrantes. Las redes sociales amplifican los mensajes, los algoritmos premian la indignación y la polarización, y la desinformación se propaga más rápido que la verdad.

El doble rasero. La cobertura mediática de los conflictos está marcada por un doble rasero evidente. Las víctimas de unos conflictos reciben una atención desproporcionada, mientras que las de otros son ignoradas. Las violaciones de derechos humanos de unos aliados se minimizan y las de los adversarios se magnifican. Este doble rasero no es un accidente, responde a intereses geopolíticos y económicos. Los medios no son neutrales, son actores del conflicto.

La guerra como entretenimiento. La guerra también se ha convertido en una forma de entretenimiento. Los videojuegos de guerra, las películas bélicas, las series de televisión sobre conflictos militares, todo contribuye a normalizar la violencia y a presentar la guerra como una aventura emocionante. El ejército estadounidense ha colaborado en numerosas producciones de Hollywood, proporcionando asesores, equipamiento y acceso a instalaciones militares. El objetivo evidente es mejorar la imagen de las fuerzas armadas y atraer reclutas.

6. El coste humano. Refugiados, veteranos, traumas.

Detrás de las cifras de beneficio, de las acciones que suben y de los pedidos millonarios, hay un coste humano que rara vez aparece en los balances.

Los refugiados. Los conflictos armados son la principal causa de desplazamiento forzado en el mundo. Según ACNUR, a finales de 2024, más de 120 millones de personas se encontraban desplazadas por la fuerza. La guerra en Ucrania ha provocado más de 10 millones de desplazados. La ofensiva israelí sobre Gaza ha desplazado a 1,9 millones de personas, el 90% de la población del enclave. Los campos de refugiados se multiplican, las condiciones de vida se deterioran y la comunidad internacional mira hacia otro lado.

Los veteranos. Los soldados que sobreviven a la guerra no salen ilesos. El trauma de combate, el trastorno de estrés postraumático (TEPT), la depresión e incluso el suicidio son el resultado de las secuelas psicológicas de la guerra que afectan a los veteranos. En Estados Unidos, más de 30.000 veteranos se han quitado la vida en las últimas dos décadas, una cifra muy superior a la de los soldados muertos en combate. El ejército que los envió a la guerra no les ofrece el cuidado que necesitan cuando regresan.

Las víctimas civiles. La mayoría de las víctimas de los conflictos armados son civiles. En las guerras contemporáneas, la proporción de civiles entre los muertos supera el 80%. Mujeres, niños y ancianos; los más vulnerables son los que más sufren. Las bombas no distinguen entre combatientes y no combatientes. Las infraestructuras civiles (hospitales, escuelas, redes de agua y electricidad) son objetivos militares. Y las consecuencias se prolongan durante generaciones.

7. El coste climático. La guerra que contamina.

La guerra no solo mata personas. También mata el planeta. Y lo hace sin rendir cuentas.

Las emisiones militares. Los ejércitos son responsables de aproximadamente el 5,5% de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero. Si las fuerzas armadas del mundo fueran un país, serían el cuarto mayor emisor del planeta. Su huella de carbono es superior a las emisiones combinadas de toda la aviación y el transporte marítimo civil. Y, sin embargo, mientras la aviación comercial y el transporte marítimo están sometidos a regulaciones y compromisos de reducción de emisiones, los ejércitos operan en la más absoluta impunidad.

La guerra en Ucrania. La guerra en Ucrania ha producido 229,7 millones de toneladas equivalentes de CO₂ desde el inicio de la invasión rusa. Esta cifra equivale a las emisiones anuales de 120 millones de automóviles de combustión o a las emisiones combinadas de Austria, Hungría, República Checa y Eslovaquia. Solo en el último año, las emisiones crecieron un 30%. Los combates en el frente representan el 36% del CO₂ emitido, la reconstrucción de infraestructuras el 27% y los incendios forestales asociados al conflicto el 21%.

La laguna legal. ¿Cómo es posible que esta gigantesca fuente de contaminación permanezca invisible? La respuesta está en una laguna legal que no es casual. El Protocolo de Kioto de las Naciones Unidas, firmado en 1997, excluyó las emisiones militares de los informes nacionales. Desde entonces, todas las cumbres sobre el clima han hecho la vista gorda. Incluso el Acuerdo de París, celebrado como un punto de inflexión en la lucha contra el cambio climático, dejó la notificación de las emisiones militares como una medida voluntaria. Es decir, opcional. Lo que en la práctica significa ignorada por la mayoría.

La hipocresía. Mientras se nos pide a los ciudadanos que reduzcamos nuestro consumo, que volemos menos y que compremos coches eléctricos, los ejércitos del mundo queman combustible como si el planeta no tuviera límites. La contradicción es tan evidente que resulta insultante. Se nos exige un sacrificio individual mientras los grandes emisores (los ejércitos, la industria armamentística y los complejos militares-industriales) quedan exentos de cualquier responsabilidad. Y todo ello sin que se informe en los medios de comunicación.

8. La paz como negocio. La industria de la reconstrucción.

La guerra no solo enriquece a los fabricantes de armas, también enriquece a las empresas que se encargan de la reconstrucción. La destrucción genera oportunidades de negocio: reconstruir lo destruido, reparar lo dañado y sustituir lo perdido. La paz, paradójicamente, también es un negocio.

La reconstrucción de Ucrania. La reconstrucción de Ucrania se estima en 486.000 millones de dólares, según el Banco Mundial. Las empresas constructoras, las consultoras y los bancos de inversión, todos compiten por una parte del pastel. La guerra ha destruido infraestructuras, viviendas, hospitales y escuelas. Y alguien tendrá que reconstruirlas. Alguien que, por supuesto, cobrará por ello.

El negocio de la ayuda humanitaria. La ayuda humanitaria también se ha convertido en un negocio. Las grandes ONG internacionales gestionan presupuestos millonarios, compiten por fondos, contratan personal y, en algunos casos, se comportan como empresas. No se trata de negar la labor esencial que realizan, sino de reconocer que la ayuda humanitaria se ha profesionalizado y mercantilizado, y que no siempre responde a las necesidades de las víctimas, sino a los intereses de los donantes.

La industria de la seguridad. La guerra también genera una industria de la seguridad privada: empresas de mercenarios, contratistas de defensa y consultoras de riesgos. En Irak y Afganistán, las empresas privadas de seguridad desempeñaron un papel central en el conflicto, con decenas de miles de contratistas trabajando para el ejército estadounidense. La guerra se externaliza, se privatiza y se convierte en un negocio como cualquier otro.

9. Desarmar el sistema.

La guerra no es una anomalía del sistema. Es una de sus industrias más rentables y uno de los mecanismos de control más eficaces de los intereses de las élites capitalistas de las sociedades occidentales.

Frente a este sistema, la paz sigue siendo una utopía que nadie quiere financiar. Los presupuestos militares crecen mientras que los presupuestos de cooperación se estancan. Las empresas armamentísticas obtienen beneficios récord mientras los servicios públicos se precarizan. La guerra contamina sin rendir cuentas mientras se nos pide a los ciudadanos que reciclemos y ahorremos energía.

Los intereses que sostienen el complejo militar-industrial son poderosos, pero la historia demuestra que los sistemas cambian cuando la ciudadanía irritada se organiza. La abolición de la esclavitud, el sufragio femenino, los derechos laborales, todas estas conquistas fueron utopías en su momento y se hicieron realidad porque hubo personas que se negaron a aceptar que el mundo era inmutable.

La guerra es el negocio que nunca pierde, pero también es el negocio que nunca debería haber existido.

Desarmar el sistema no es solo una cuestión de justicia, es una cuestión de supervivencia. Porque mientras la guerra siga siendo un negocio, la paz seguirá siendo una quimera y el planeta que habitamos un campo de batalla.